



“Hay jóvenes que mueren jóvenes, James Dean y otros, también mi hijo, porque no se conciben viejos. Gozaron, vivieron y estallan”.

Por Cristián Warnkén.

-Tarotista sicomago, guionista de cómic, escritor, director de cine, usted ha trabajado para darle un sentido a la vida desde el arte y la esoteria. ¿Cómo enfrentará su propia muerte?

—No quisiera que la muerte me sorprendiera como a un animalito dormido, sin que me diera cuenta.

—Yo he estado creando una conciencia. Cuando tú vas al templo, tú haces una ofrenda y ofrendas la mejor flor; antes era el mejor animal. Lo más bello que tú tengas lo tienes que entregar como ofrenda. Y el ser humano, lo más bello que puede ofrendar es su conciencia. Esto es lo último que uno guarda. Se va la familia, se van los lazos, se va el cuerpo, se van los sentimientos, se van los pensamientos y queda esta conciencia. Y en último momento esta conciencia se ofrece: se ofrece a la totalidad, la gota se ofrece al océano y se entra en la totalidad del Universo. Eso debe hacerse consciente; es decir, morir inconsciente, morir dormido es un gran drama para mí, una gran pérdida; a pesar de que todo el mundo quisiera eso, a pesar de que mi hijo murió, así dormido.

—Desde esa misma perspectiva

ALEJANDRO JODOROWSKY y la m

“No quisiera que la muerte me sorprendiera como a un animalito dormido, sin darme cuenta”.



esotérica, ¿cómo enfrenta la vejez?

—Yo he visto películas donde las flores van naciendo y crecen y nacen en cámara lenta y después se empiezan a secar, se secan, se secan y mueren. El nacimiento de una flor es bellissimo, pero la muerte de una flor ¡es bellísima también!, es una danza que comienza por el crecimiento y sigue por el descendimiento. Yo, cuando tenía 24 años, cuando salí de Chile, dije nunca voy a ser viejo, pero nunca no es posible, no lo concibo. Hay jóvenes que mueren jóvenes, James Dean y otros, también mi hijo, porque no se conciben viejos. Gozaron, vivieron y estallan. Porque en nuestra sociedad hay un terror inmenso a la vejez; nos dan el mito de que el cerebro se comienza a gastar, que cada vez tenemos menos células. En el fondo, el cerebro se va desprendiendo de las células inútiles. La vejez es una maravilla tan grande como la juventud. Vas encontrando el placer de irte borrando, de irte desprendiendo... Y en cada desprendimiento hay un momento de castración, de sufrimiento, de caos, el yo se deshace; pero como las bolitas de mercurio, se vuelven a reunir, el yo se reúne y aparece más fuerte que nunca y más puro que nunca. Es un proceso maravilloso envejecer.

—Para un artista me imagino que la dimensión estética es importante. ¿No es la vejez la imposibilidad de seguir gozando con la belleza?

—Para envejecer hay que dejar de lado la seducción, eso es lo que impide envejecer bien, porque se dice, voy a perder mi seducción. Me voy a operar aquí, este diente amarillo me lo voy a cubrir, me voy a estirar las arruguitas, me voy a poner un peluquín aquí para tapar mi calvita, me voy a poner una cosa de concha marina para que me quite las

manchas café... Entrás en la seducción, no quieres abandonar la seducción, pero hay un momento en que ¡ya!, la abandonaste; no más seducción, no tengo por qué seducir a nadie. Ya vendrá por mi espíritu, si viene.

—Parece la antítesis de ese fragmento final del Eclesiastés, en la Biblia, cuando describen la vejez como un momento terrible en que se pierde el sabor de la alcaparra, se apaga la rueda del molino....

—Claro, eso es para la gente sin conciencia, el Eclesiastés es muy sabio pero te va mostrando los problemas de las personas que no desarrollan su conciencia. Pero ir desarrollando la conciencia es increíble, es la única defensa; el único refugio que nosotros tenemos delante de los dolores de la vida es entrar en el pensamiento, pero no en el pensamiento intelectual sino que entrar en el espíritu.

—¿Eso significa la anulación del yo? ¿Eso tiene un ribete oriental?

—No, el yo no se elimina nunca, eso es un mito. Es una suerte nacer, entre los millones y millones y millones de abismos del tiempo, entre los kilómetros y kilómetros y kilómetros de abismos del espacio: el Universo te produce a ti, único; no habrá ninguno igual, “no habrá ninguna con su piel ni con su voz” —dice el tango—. Nunca habrá un ser igual a ti, nunca habrá un ser igual a Enrique Lihn, nunca habrá un ser igual a Teo, nunca habrá un ser igual a mí; los seres nunca más se repiten. Tenemos una fórmula, una diferencia mínima, ése es el regalo que nos da el Universo.

—Todo este camino de hacerse consciente debe requerir de momentos en que uno, simbólicamente hablando, debe morir. ¿No fue su abrupta partida de Chile una muerte?

—De alguna manera. Cuando me fui de Chile nunca más vi a mi familia. Tiré mi libreta de direcciones al mar; pero antes ya lo había hecho. A los 15, 16 años rompí todas mis fotos y dije: “No quiero vivir de recuerdos de una foto; una foto no soy yo, yo no creo en estar observando fotos de muertos; la foto no es el ser que yo conocí, es algo que me lo recuerda pero no es eso; no creo en las huellas. Años más tarde me lo encontré en una frase de Castañeda que dice: “un guerrero no deja huellas”. Pero en la magia, en la magia mapuche, me encontré que para encantar a una persona, la sigues y agarras polvo de sus huellas y con eso le haces brujerías negativas; polvo de sus huellas. Es decir, que el guerrero no deja huellas para que no agarren polvo de sus huellas y lo paralicen.

—En una entrevista dijo que una noche en Santiago sintió la angustia de la muerte; que todo estaba nimbado por el aura de la muerte.

—Por primera vez me di cuenta de que íbamos a desaparecer, que mis amigos iban a desaparecer, que Santiago iba a desaparecer, que las estrellas iban a desaparecer, que todo era efímero y no tenía consuelo.

—¿Y dónde encontró ese consuelo? ¿En la fe, en el arte?

—Lo encontré en la fuerza, en la conciencia. Trabajé y trabajé y trabajé para salir de la neurosis, hice una familia e hice arte y trabajé para vivir, me moví y de pronto me enfrenté; al final me enfrenté a la desaparición y dije: “esto no me va, estar huyendo de esto no es para mí, aceptémoslo y terminemos este cuento”. A partir de ese momento se acabó, bajé la cabeza y acepté la condición humana; es una gran humildad. La muerte se entiende cuando te haces humilde, la muerte de los otros también, de los seres queridos; es un mazazo tremendo, es que te aplasta los primeros instantes. No creo que haya nada más terrible que eso. Dios te hace polvo y del polvo —como el ave fénix— tu fuerza, tu alegría de vivir tienen que renacer, pero tienes que aceptar que te han hecho polvo y a partir de ese momento te das cuenta de que todo es efímero, entonces empiezas a amar todo aquello que es tuyo —no es cierto, nada es nuestro— pero todo aquello que está junto a ti, aquello con lo que vas. *ya*

uerte